



1.

Hace años escribí mi único libro. Un libro de ensayos en torno a la escritura literaria. *Metal de la voz*, lo nombré, porque “en mi idea de escritura literaria, es necesario que el eco –la esencia de la palabra– resuene en el metal –la letra escrita, la que ocupa un espacio, un tiempo, un soporte–”. Entonces ese aire, que es la voz, aparece al quedar plasmado en un momento, en algo. No tiene que ser un

libro, puede ser cualquier otra cosa. Incluso puede quedar “grabada” en la memoria, pero resonar, a fin de cuentas. Decir algo. Y esta era, es, la idea base, la idea detonante de mi único libro. Y sigue siendo la idea base de casi todo lo que escribo, en este o en otro medio. Quizás por eso escribo poco: porque qué tanto puedo volver una y otra vez al mismo asunto. Muchos y muchas lo hacen, se podrá objetar. Hay obras enteras

Para mí la escritura es uno de los gestos más humanos que existen, y por ello todo lo que sea humano tiene que ver con lo escrito.

construidas alrededor de las mismas escenas, las mismas caras, los mismos objetos, las mismas palabras... y no por eso pierden pertinencia o valor. En una ocasión un amigo me comentó que admiraba cómo todo lo que yo escribo, sea del tema que sea, se conecta con la escritura, sin siquiera yo forzarlo. Será porque para mí la escritura es uno de los gestos más humanos que existen, y por ello todo lo que sea humano tiene que ver con lo escrito. Y será por eso que, cuando decidí escribir algo, de verdad, cuando me decidí a editar un libro mío, opté –quizá esta no sea la palabra adecuada, porque no sé si “opté” o solo pasó así porque no me quedó de otra– por el ensayo. Porque solo quiero y solo puedo escribir sobre escribir. Conectar cada texto que compongo con el siguiente como un entramado sin principio de fin acerca de este gesto –sí que escribir es un gesto: un movimiento en el espacio, en el tiempo, que impacta y comunica–.

2.

Recuerdo mi único libro porque la escritura de un segundo se ha quedado en el intento. Pudiera afirmar que está en mi cabeza; que habita ese limbo de lo no dicho, adormecido en espera de ser nombrado. Pero, ¿es así? ¿O solamente es *el mismo asunto* resistiendo, como una ilusión, una esperanza? Cuando me releo en estas columnas, me percato de mi obstinación: ahí vengo de nuevo con mis resonancias y mis ecos; con estas palabras “que abren el aparecer de lo que aparece”. Con la escritura.

3.

Cuando escribí *Metal de la voz* estuve rodeada de seis personas que leyeron cada uno de los textos que lo componen. Me hicieron críticas y comentarios que reafirmaron mi decisión de ser ensayista. Aprendí a sostener mi criterio, mis argumentos, pero también a dialogar y cuestionar con fundamentos, porque sobre todo aprendí a confiar en lo que sé. Fue una época luminosa en donde además de concebir al libro, concebí a mi hija mayor, Julieta. El libro y ella llegaron –aparecieron– casi al mismo tiempo, y la escritura, ese aire que es la voz, se conjugó con el aliento de mi hija que comenzaba a existir. Todo, entonces, era un comienzo. Y precisamente de esto se trata, para

Escribo mi convicción sobre la escritura, una y otra vez. Por eso opté por el ensayo.

mí, el gesto escritural: siempre está comenzando, siempre está sucediendo. En mi libro hay un ensayo en donde hablo sobre esto –les digo ¿o te digo? (también la escritura como yo la entiendo se desdobra en muchos interlocutores) siempre vuelvo a mis asuntos–: “Las palabras-imágenes que habitan este espacio van errantes, y siguiendo el camino de su errancia, es que el escritor literario puede ir configurando su escritura inicial, tal y como lo afirma Blanchot, *para escribir ya es necesario escribir*”. ¿Y esto no resulta fascinante? Suponemos que la escritura debe llegarnos como un golpe de inspiración, como una epifanía, o, en el otro extremo, como resultado de un ejercicio de disciplina y compromiso. Aunque no niego que para desarrollar el oficio es necesario practicarlo, lo que yo creo es que la escritura siempre está ahí, en potencia, dibujándose en ese espacio primero de los comienzos infinitos. Lo creo con una fuerza tan grande que lo escribo. Escribo mi convicción sobre la escritura, una y otra vez. Por eso opté por el ensayo. Por eso no salgo de este tema, y por eso me vuelvo a citar a mí misma: “El punto de origen de la escritura es un punto de recomienzo infinito.

Quien escribe, escribe una y otra vez lo que ya ha escrito. Una vez terminada la obra, el escritor se desprende de ella para volver al punto originario y retomar la escritura, porque al final de la obra, existe siempre un llamado que llama siempre a comenzar”.

4.

Julieta, mi hija mayor, suele preguntarme que cuándo escribiré otro libro. “Tú querías ser escritora, ¿no?”, me dice. Yo le contesto que sí, y que sí lo soy, de alguna manera. Miranda, mi hija menor, apenas el otro día se enteró de que tengo un libro publicado. Se sorprendió. “Y ¿de qué se trata tu libro, mamá?”. “Es un ensayo”, le contesté. “¿Un qué?” “Escribí un libro donde hablo sobre escribir”. A Miranda le da risa, pero comenta: “Por eso en la portada el dibujo es una mano escribiendo.” Sí, por eso, y porque esa imagen alude a un momento clave en donde se devela un misterio: el de la escritura misma, cuando a través del movimiento de la mano, a través de la tinta de la pluma, a través del gesto caligráfico, aparece, y su apariencia ocupa un sitio. Ese espacio tocado por la escritura nunca vuelve a ser el mismo.

¿Y eso no resulta fascinante?